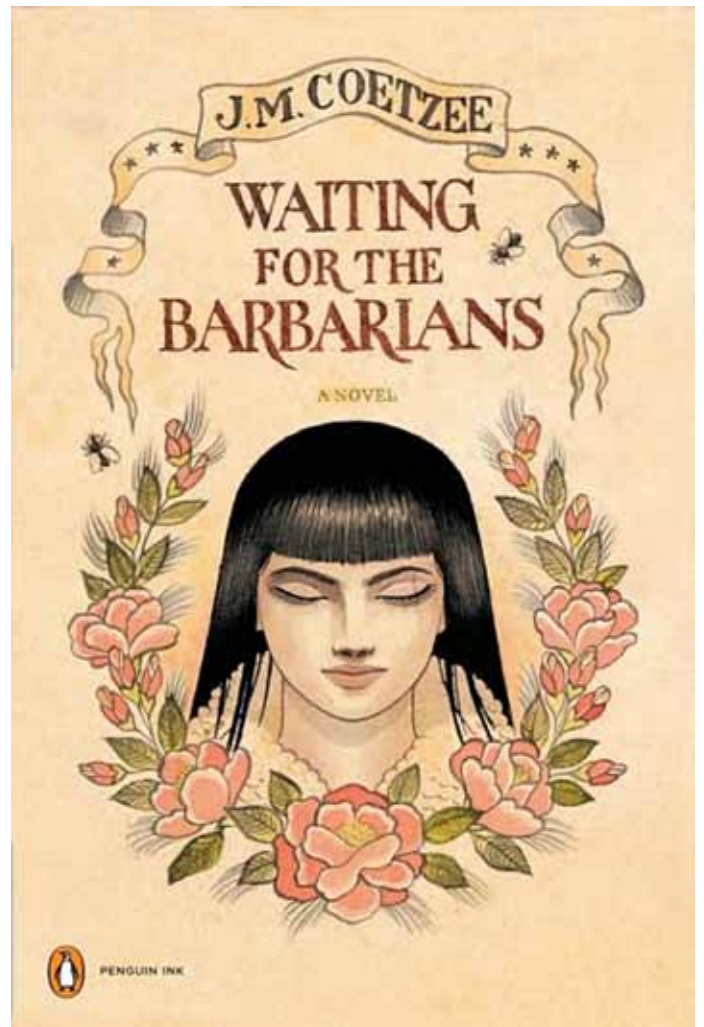


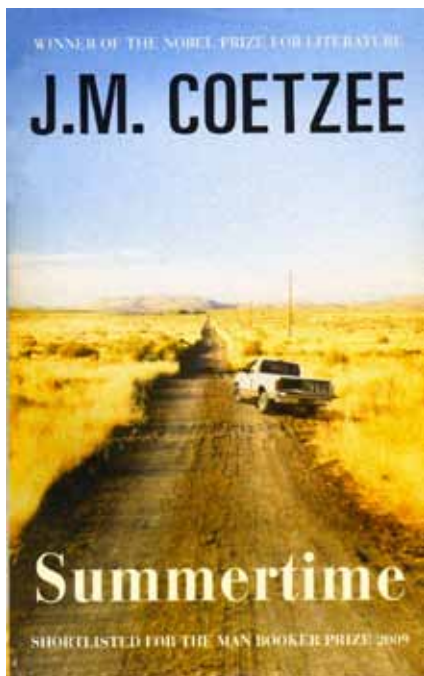
J.M. Coetzee: un juez entre dos aguas

Raúl Olvera Mijares

HACE UN PAR DE AÑOS, CUANDO OBTUVO el premio Nobel, comencé a acercarme con cierta timidez y no menos desconfianza a John Maxwell Coetzee (Ciudad del Cabo, 1940). Por su apellido bóer, o más bien en afrikaans, esa forma que el holandés antiguo ha asumido en aquellas partes del hemisferio austral al teñirse de voces zulúes, me quedaba perfectamente claro que el inglés de Coetzee debía ser peculiar. De niño en casa sus padres hablaban inglés, lengua en la que comenzó a cursar estudios de matemáticas en su país natal, para más tarde desempeñarse como programador de computadoras en Inglaterra y coronar su carrera académica con un doctorado en lingüística computacional en Estados Unidos con una tesis sobre Samuel Beckett. La larga permanencia en medios académicos lo llevó a interesarse más y más por la tradición escrita occidental, primero como lector de todo tipo de materiales (ensayos sobre ciencia, filosofía, historia, bellas letras) y luego como escritor en una doble vertiente, o quizá debemos decir como autor cabal, capaz de moverse con soltura en dos aguas: la de la ficción y la del análisis discursivo.

Es más probable, como fue mi caso, que un lector se familiarice antes con sus novelas que con sus ensayos. La prosa de Coetzee es en ambos géneros un modelo de orden, simplicidad y elegancia, conseguidos por el hablante que duda de sí mismo y pone cuidado en los conceptos que sirven de brújula a su pensamiento, for-





mulado en las voces más correctas y económicas (la frecuentación de los buenos

autores en inglés y la consulta asidua del diccionario se echan de ver en esta empresa). Al igual que los escritores austriacos Robert Musil —quien escribiera una tesis de doctorado para evaluar las teorías del físico Ernst Mach— y Ludwig Wittgenstein —un ingeniero que emigró hacia Cambridge para estudiar los fundamentos de la matemática moderna con Bertrand Russell—, Coetzee conservará ciertos rasgos disciplinados de carácter que proceden de su formación, notorios en la arquitectura y la formulación tersa y sin fisuras de su obra.

Después de desfilas como profesor de letras por distintas universidades del mundo, la última de ellas en su país de residencia, Australia, en la ciudad de Adelaide, no es de extrañar que en forma ininterrumpida, a partir de la década de los ochenta, Coetzee haya incursionado en el terreno del ensayo con piezas sueltas como críticas de autores, reseñas de libros y reflexiones dispersas sobre temas varios.

Entre su obra se encuentran libros como *White Writing: On the Culture of Letters in South Africa* (1988), *Doubling the Point: Essays and Interviews* (1992), *Giving Offense: Essays on Censorship* (1996) —en este último aborda el tema de la censura, sobre todo en regímenes totalitarios de orientación marxista— y *Stranger Shores: Essays 1986-1999* (2002), antecedente inmediato

de *Inner Workings: Literary Essays 2000-2005* (2007), en donde escribe sobre una pléyade de autores que va desde contemporáneos y clásicos recientes en lengua inglesa hasta escritores que vieron la luz del mundo —casi todos ellos, contadas son las excepciones— en el extinto imperio austrohúngaro.

En primera línea, surgen los nombres de autores como Robert Musil, Sándor Márai, Joseph Roth, Bruno Schulz, Paul Celan, Italo Svevo, Walter Benjamin (los últimos cinco escritores son judíos), con la adición del suizo Robert Walser y de los alemanes W.G. Sebald y Günter Grass. Por el lado de clásicos *recientes* de la lengua inglesa figurarían Walt Whitman, William Faulkner, Arthur Miller, Saul Bellow y Philip Roth (también de origen hebreo); así como representantes del ex imperio británico y sus colonias como el inglés Graham Greene, el irlandés Samuel Beckett, el hindú nacido en Trinidad y Tobago V.S. Naipaul, la también sudafricana y judía Nadine Gordimer y dos *outsiders*: Hugo Claus, poeta contemporáneo belga (accesible a Coetzee en neerlandés) y Gabriel García Márquez (visto como discípulo sobresaliente de Faulkner y heredero del único clásico sobre el que se hace una reflexión de cierto aliento en este libro, Miguel de Cervantes Saavedra).

Llama la atención la lectura cuidadosa efectuada por Coetzee de autores extranjeros, sobre todo germanos, que revelan en él un conocimiento seguro del alemán y, hasta cierto punto, del francés, a juzgar por los galicismos que usa a lo largo del texto. Como

recensor y crítico, enfatiza la fidelidad y respeto del original por parte de los traductores al inglés; por un lado, profesores cuyas versiones se editan en imprentas universitarias de escasa circulación y tirajes limitados y, por otro lado, los traductores mercenarios que, por allegarse unos cuantos recursos adicionales, se lanzan sin mucho conocimiento de causa a verter a los grandes autores con resultados que emergen en tirajes masivos y son a los que tiene acceso el lector ordinario.

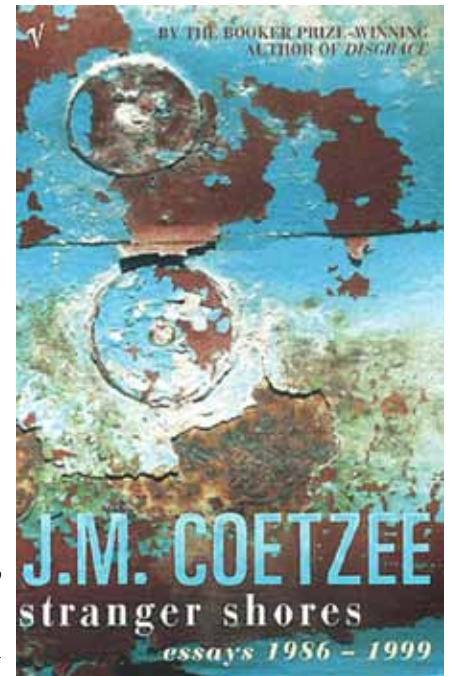
Una mujer, Nadine Gordimer, galardonada con el Nobel en 1991, representa una inclusión que no deja de suscitar cierta sorpresa, ya que esta autora recibió con gélidas críticas y suspicacias las primeras novelas de Coetzee por no considerarlo un autor suficientemente *engagé* o preocupado por la cuestión racial en su país de origen. Coetzee ajusta cuentas con Gordimer y, sin descalificarlas en su totalidad, demuestra que sus novelas exhiben algunas dificultades de concepción y estructura. Por medio de ágiles sinopsis señala el carácter implausible de las situaciones y los personajes que idea la escritora, que no pocas veces son terroristas musulmanes que destruyen a aquellos que les tienden la mano.

Algunas veces abucheando, otras veces aplaudiendo, Coetzee consigue hacer partícipe al lector de sus puntos de vista y opiniones, como cuando se refiere a las malas versiones en inglés que es común hallar de Italo Svevo, para concluir que el italiano del autor, según testimonios, estaba lejos de ser perfecto, pues se hallaba fuertemente influido por su natal jiddish y

coloreado de *dialetto triestino*.

Una reflexión similar surge con el alemán de Paul Antschel o, como él prefirió llamarse, Paul Celan, un judío asimilado, culto, a quien sus padres le hablaban en *hochdeutsch*, pero que creció y se formó en ruso, rumano y que más tarde enseñaría francés en París. El alemán de Celan, uno de los más altos poetas en aquella lengua, es desigual y oscila entre la elección restringida de vocablos —de una fuerza y simplicidad arrolladoras— y la combinación de alusiones particulares que es necesario conocer de antemano. Lo que perdía un tanto a Celan, según Coetzee, era su adherencia un tanto ingenua a la escuela simbolista francesa. Esta opinión, esquematizada naturalmente en forma un poco apresurada, deja ver el tipo de juicios que el autor sudafricano se permite en la crítica literaria, además de asumir todos los riesgos que entraña, por supuesto.

En el caso de Winfried Georg Sebald, Coetzee, sin cesar de ponderar su innegable solvencia como ensayista y narrador, no deja pasar la ocasión de lanzar un par de anotaciones críticas en torno de *Los anillos de Saturno*, al decir que algunos pasajes del libro resultan redundantes y predecibles, en particular aquellos sobre Joseph Conrad, Robert Casement y Edward Fitzgerald. Esas extrañas medias tintas entre periodismo, erudición académica y diario mínimo, salpicadas de fotografías amateur impresas en blanco a media página sin pie de grabado, constituyen el carácter distintivo a la vez que

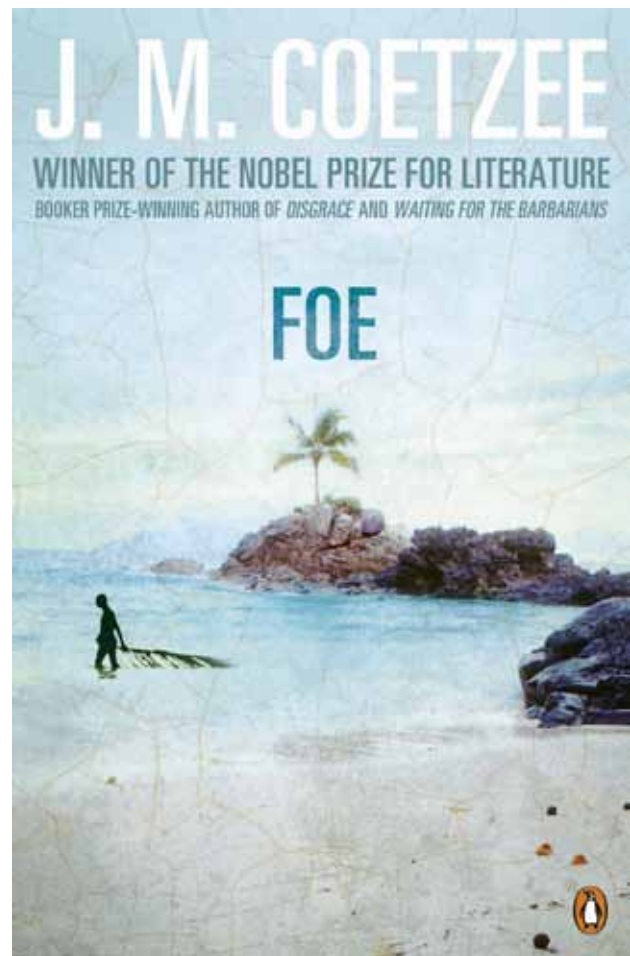


señalan los puntos débiles del trabajo como escritor de Sebald.

En relación con Sándor Márai, Coetzee se muestra aún menos indulgente y lo caracteriza como un aristócrata de la vieja escuela, encajado de manera oportunista en el mundo moderno, cuyas novelas resultan lánguidas y cuyos principales aportes se hallarían en las confesiones que contienen sus diarios, aún no vertidos en su versión integral al inglés.

Del mismo modo, Walter Benjamin es cuestionado desde la perspectiva de su supuesta obra cumbre, aparecida en forma póstuma como *Passagen-Werk*, traducida al español como *Los pasajes*, pues es una recopilación de observaciones sociológicas, históricas y psicológicas sobre esa novísima forma del comercio en el París de *fin de siècle*, los pasajes comerciales, donde incluye recortes de periódicos y revistas, amén de observaciones redactadas casi en un lenguaje críptico. Que Benjamin haya cargado el pesado manuscrito en su fuga de Francia con rumbo a España, a través de los Pirineos, y que argumentase que era más importante que su propia vida, no deja de ser un hecho que llama la atención y más con la respuesta que ha motivado en el mundo académico occidental, el cual parece hacer caso omiso de las grandes reservas que los filósofos alemanes tenían respecto del eclecticismo imperante en la llamada Escuela de Fráncfort.

Coetzee pone siempre el dedo en la llaga y provoca la indignación de quienes se aferran a las ideas tradicionales que han dado forma al *main stream*, integrado por autores, estudiosos, críticos y entusiastas de la lectura. Al poner en cuestión ciertos lugares comunes



y concepciones ampliamente difundidas, Coetzee despierta algunas veces la sospecha de sus detractores y rivales, quienes lo han llegado a colocar en el cajón de los hipercríticos e inconformes.

Juez y parte, Coetzee juega unas veces del lado de los creadores y otras del lado de los críticos. En ambas pretende llevar a cabo una labor depurada y de líneas claras, objetivo que con frecuencia consigue. Es raro encontrar entre tanto premio Nobel otorgado por razones de discriminación de raza, sexo u otra preferencia, un autor que emprenda la crítica con tanto ahínco, perfectamente consciente de que él mismo puede volverse foco de ella, tanto en su calidad de estudioso como en su calidad de narrador. La relativa simpleza y contundencia de este retador, ni europeo ni norteamericano, ni totalmente anglosajón ni enteramente neerlandés, lo vuelve difícilmente resistible. ■